

HOY, VIERNES 26

| Víctor Orcástegui

Y Sánchez sigue

Mientras bullen los escándalos de corrupción, alguno ya con sentencia, en los que se está cociendo su Gobierno, Pedro Sánchez se echa mano al bolsillo y descubre que tenía allí siete mil millones de euros sueltos. ¡Mira!, se dice, pues los voy a dedicar a reforzar las ayudas para las personas dependientes. Lo que estará muy bien, porque hace mucho que la Administración central debería haber aumentado su aportación. Estará muy bien, claro, si es que efectivamente ese dinero es 'nuevo' y no está simplemente anunciando algo que ya se había comprometido antes, y si de verdad llega pronto a quienes lo necesitan.

Pero este truco de que cuando le vienen mal dadas Sánchez se saca de la manga unos millones y se pone a repartir, cada vez le funciona peor. Ya solo despista a los despistados voluntarios, porque los escándalos son tan escandalosos que es imposible taparlos con juegos de manos.

Por otra parte, poca confianza merecen este tipo de anuncios cuando vienen de un Gobierno que en tres años ha sido incapaz de presentar ni un solo proyecto de Presu-

puestos al Congreso de los Diputados. ¿Cómo se manejan entonces las finanzas públicas? ¿De dónde saldrán esos siete mil millones? ¿Qué control democrático hay en el uso del dinero de todos? Los millones van y vienen sin que conozcamos, porque no existe, a qué plan responden, a qué proyecto de conjunto. Y sin que los representantes de los ciudadanos hayan podido conocer y decidir a qué se van a dedicar.

Lo de la corrupción es muy grave, aunque Sánchez diga, como dijo el miércoles, que «el Ejecutivo de coalición progresista no tiene nada que lamentar». No es eso lo que piensan millones de españoles ni es eso lo que piensa, por ejemplo, Felipe González, que dice que «la responsabilidad política es evidente» en un caso como el de José Luis Ábalos. La condena en el Supremo de quien fuera ministro de Transportes y secretario de Organización del PSOE debería ser motivo más que suficiente para que Sánchez reconociera esa responsabilidad política y presentase su dimisión, se sometiera a una cuestión de confianza o convocase elecciones.

Pero quien pensara que esa sentencia sería la puntilla para el Gobierno se vuelve a equivocar. Sánchez sigue; «no vamos a cometer el error de rendirnos», afirmó. A este Gobierno no lo pueden matar ni una sentencia ni cien escándalos, porque en realidad hace mucho que está muerto.

Un Gobierno que no presenta Presupuestos durante tres años no gobierna, no es gobierno, simplemente camina, como los zombis, mordiendo cuando puede. Y seguirá caminando hasta el precipicio.

«La condena en el Supremo de quien fuera ministro de Transportes y secretario de Organización del PSOE debería ser motivo más que suficiente para que Sánchez reconociera esa responsabilidad política»

| José Badal Nicolás

Poder y ofuscación

Podríamos definir el poder político como la facultad para implementar un programa de gobierno con los medios y el tiempo necesarios para lograr los objetivos anhelados. Lo elogiado es que este programa esté elaborado con mesura y buen criterio y a la par que se detalle y explique con antelación (al menos en sus líneas generales) para conocimiento de toda la sociedad. Sin embargo, a menudo se enmaraña el relato con insulsa faramalla y engañosas promesas en favor de una ideología. Además, no hay ninguna garantía de que los compromisos contraídos se lleven a la práctica después.

Con frecuencia se ocultan aviesas intenciones que luego se procuran implantar a la fuerza en beneficio de una parte de la ciudadanía, sin reparar en el perjuicio y la desavenencia que ocasionan en el resto y en la fractura de la cohesión social. Cuando se actúa de este modo no se ejerce el poder en provecho de todos, solo en bien de un sector de la sociedad o de determinados colectivos que pueden reportar un buen puñado de votos. Tanto peor cuando con abuso de atribuciones se hacen diligencias o esfuerzos en favor de turbios intereses, buscando sinecuras o apetitosas coimas. *Quid pro quo*.

A veces el político posterga *si-ne die* lo que antes ha prometido u olvida el asunto para siempre; otras, para sorpresa de propios y extraños, decide hacer justamente lo contrario de lo que previamente ha asegurado, con el mayor descaro, sin el menor recato, de manera infamante, con total deslealtad hacia sus votantes y con quienes no lo son. Entonces es cuando el poder se envilece.

En esta tesitura, el político con mando en plaza se cree con derecho para emprender o exigir

todo aquello que le plazca, fuera de toda razón, por encima de cualquier advertencia o consideración que no se ajuste a su torcido entendimiento. Con su discernimiento nublado, se cree en posesión de la verdad y defiende la idoneidad y oportunidad de sus actos a capa y espada. Es presa de la ofuscación, rechaza cualquier consejo sensato y se desliza por la rampa de la imposición en detrimento de la transigencia.

Se percibe a sí mismo como un gobernante providencial, irremplazable, inmune, y se sumerge en un universo quimérico acorde con sus creencias, que trata de materializar a todo trance pensando en su interés particular y no en si lo que hace es atinado.

Incitado por la empalagosa y fingida adulación que le dispensan sus más cercanos correligionarios, rayana en la zalamería, y por la anómala ausencia de crítica de sus corifeos, el envanecido personaje gana confianza y cae en el menosprecio de los poderes legislativo y judicial, sin sopesar el grave quebranto que causa a la democracia. Pagado de sí mismo, no concibe dejar el poder y sin apenas freno moral comienza a ejercerlo de forma alevosa, con excesiva autoestima, como un autócrata, sin importarle la repulsa de gran parte de la ciudadanía.

Llegados a este extremo, el político con poder se obnubila, pierde el oremus y su lucidez y raciocinio se apagan; creyéndose impune gobierna sin trabas y

sin ponderar opciones diferentes de las que su magín atesora. Ajeno a la realidad en derredor, antepone el interés propio por delante del interés del país. En este estadio de degradación, complaciente con la lisonja insidiosa y el aplauso exagerado de sus rendidos adeptos, es cuando puede incurrir en el desafuero o la tropelía y todavía peor adentrarse en el cenagoso terreno de la corrupción política y económica.

Pero arribar a esta lamentable situación no se puede achacar solo a la doblez del indiscutido y reverenciado líder supremo; requiere la incondicional colaboración y el respaldo de una cohorte de arrimados que viven a costa o al amparo del amo, así como la pleitesía de otros muchos abducidos comparsas, bastantes de ellos a la espera de una canonja.

Exceptuando los acólitos de buena fe (que indudablemente los hay), no cabe confiar en esta grey de fieles para la reforma de preteridas o deficientes leyes o la actualización de desfasados reglamentos, pues no renuncian al confort y el boato propios del puesto desempeñado o simplemente quieren asegurarse el plato de lentejas.

El líder entronizado bien sabe de la dependencia de sus subordinados y

atrapados socios, que acatan sin chistar las reglas no escritas de la sumisión: obediencia ciega, silencio cómplice, negación de la eviden-

cia, aceptación del argumentario oficial y defensa atropellada del camarada y especialmente del *number one*.

Como ciudadano que ansía el progreso y la concordia, me adhiero a las palabras pronunciadas por ese referente, ese talismán, ese faro de Alejandría: «Ser socialista es tener muy poco y estar dispuesto a dar todo». ¡Palabra de Zapatero!

José Badal Nicolás es catedrático emérito de la Universidad de Zaragoza

«Se percibe a sí mismo como un gobernante providencial, irremplazable, inmune, y se sumerge en un universo quimérico acorde con sus creencias»

LA TIRA DE SUPERMAÑO
| Alberto Calvo

